

Revista Liberia

Hispanic Journal of Cultural Criticism

ISSN 2325-2723 #2 2014



**“La España posible en tiempo de Julián Marías:
ensayos de reflexión nacional durante el franquismo”**

Roberto Rodríguez Milán
Hellenic Open University

Resumen: Durante la dictadura del general Franco, el filósofo Julián Marías dedica una parte considerable de su abundante labor ensayística a reflexionar sobre España. Dicha reflexión alcanza la madurez a principios de los años 1960, en ensayos que abordan algunas de las cuestiones que Marías considera cruciales para el presente y el futuro del país: la prolongada tendencia –dentro y fuera de España, en las instancias oficiales y en amplios sectores de la intelectualidad– a generar lecturas sesgadas de ciertas porciones de la historia de España; los retos que en el presente le plantean a la sociedad española las mutaciones acaecidas en su seno y en su entorno; la incertidumbre ante el porvenir que genera la cuestión de Cataluña, a menudo malinterpretada y nunca zanjada satisfactoriamente. Entre 1962 y 1966, a través de las obras *Los españoles*, *La España posible en tiempo de Carlos III*, *Meditaciones sobre la sociedad española*, *Consideración de Cataluña* y *Nuestra Andalucía*, Marías contribuye a poner de manifiesto que, pese a la dictadura y sus designios, hay formas de expresión, como el ensayo, que ofrecen cauces de cierta libertad de expresión; que hay sectores de la inteligencia y la sociedad españolas –y no sólo– que permanecen atentos a interpretaciones heterodoxas del pasado o a propuestas de formas de vida alternativas; y que la cuestión de la identidad nacional dista mucho de estar cerrada, se perfila como una de las grandes inquietudes de la época, con Cataluña en primera línea, y es susceptible de recibir lecturas dispares.

Palabras clave: Julián Marías, ensayo, reflexión nacional, continuidad histórica, catalanismo, franquismo

1. Un pensador en tiempos de excepción

Julián Marías Aguilera¹ nació hace un siglo, en 1914, y en tiempos de la Segunda República se forma en la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid, donde conoció de primera mano a algunas de las personalidades más relevantes de la cultura de la época y entabla amistad con su profesor y mentor, el filósofo José Ortega y Gasset. Tras la guerra civil, sólo el compromiso de algunos pensadores pareció impedir la aniquilación de la tradición cultural liberal, hegemónica hasta entonces, y de su reflexión en torno a España. Entre ellos destaca Marías, que pertenece a la intelectualidad que no se exilia, forma parte del relevo generacional respecto de sus homólogos de preguerra y desarrolla su compromiso cultural hasta el final de sus días, en 2005. En el proceso, se convierte en uno de los pensadores más destacados en el tratamiento de las inquietudes generales de la España contemporánea (Abellán 42-49), y otorga un peso específico a la reflexión en torno a la cuestión nacional en sus ensayos, género literario en que sobresale como uno de sus principales cultivadores contemporáneos (Gracia 65).

Sus obras más notorias en torno a la nación son tardías: *España inteligible: razón histórica de las Españas* es de 1985, *Cervantes clave española* de 1990, *España ante la historia y ante sí misma (1898-1936)* ve la luz en 1996. Se trata, no obstante, de ensayos extensos que sintetizan una reflexión cuyos perfiles se concretan décadas atrás, usualmente a través de escritos breves, principalmente artículos, que el autor mismo suele agrupar desde principios de los años 1960, y que son el fruto de una maduración lenta y difícil. Y ello porque el pasado de Marías en las filas del Ejército

republicano, su profesión de fe liberal, sus vínculos personales e intelectuales con Ortega, así como su determinación de no tomar la senda del exilio, lo convierten desde la inmediata posguerra civil en un blanco más del hostigamiento de la dictadura del general Franco. El temprano éxito editorial de su *Historia de la filosofía*, en 1941, o la tolerancia de que es objeto por parte de sectores moderados del régimen y su tribuna cultural, la revista *Escorial*, no implican cambio alguno: así, por ejemplo, y como Marías mismo refiere en el primer tomo de su autobiografía *Una vida presente*, la Universidad rechaza en 1942 la tesis doctoral que le dirige Xavier Zubiri, y no la aceptará hasta casi una década más tarde, en 1951 (319-323).

Para él y para tantos otros, esta situación sólo se mitiga cuando el régimen dictatorial se ve obligado a limar sus aristas políticas y relajar sus mecanismos represivos a fin de proyectar una imagen de cierto alineamiento con los valores e instituciones de Occidente, evitando potenciales represalias de los vencedores de la Segunda Guerra Mundial e incorporándose a las filas del “mundo libre” en el contexto de la Guerra Fría. A caballo entre los años 1940 y 1950, Marías empieza a gozar de mayor margen de maniobra para su labor intelectual, que de forma crucial pero no exclusiva va a consistir en una constante reflexión ensayística en torno a España, lo español y lo hispánico. Las inquietudes que la motivan, el temple personal con que la aborda y los objetivos que la guían y vertebran se hacen patentes en escritos tempranos, pero dispersos, que Marías se encarga de ir agrupando en recopilaciones.

A principios de los años 1960 el panorama español vuelve a dar señales de cambio. El aparato oficial franquista despliega notables esfuerzos

por aproximarse al Mercado Común y parece que sus mecanismos de censura se inhiben para sintonizar, en esa sazón, con la exigencia de libertades de la Europa democrática. Simultáneamente el Concilio Vaticano II abre un proceso de reforma en el mundo católico que estimula las reflexiones tendentes a entablar un diálogo con ideologías diversas y aun opuestas al cristianismo. En este contexto, un resultado es que a la animadversión del integrismo católico contra la tradición liberal, especialmente contra Ortega y su “escuela”, se agrega una nueva, procedente de la intelectualidad comprometida con la izquierda política que, dadas las circunstancias, ve proliferar tanto los canales de contacto con el pensamiento y la cultura europeos como las posibilidades de expresarse en el interior del país. Este sector progresista opera en coordenadas ideológicas y metodológicas muy críticas con la tradición liberal al completo e interpreta en términos de “páramo cultural” el panorama español de posguerra, negando así cualquier atisbo de continuidad con la creatividad cultural anterior al conflicto bélico.

En cuanto a Marías, su insistencia en reivindicar a Ortega y en autoproclamarse continuador del pensamiento de su mentor y amigo da pie a que se ponga en tela de juicio la originalidad de su propia labor intelectual, a que se lo reduzca a mero propagandista o que se lo acuse de sectario.² Una de las acusaciones más resistentes al paso del tiempo es la que apunta a la relación de Marías con los Estados Unidos. A partir de los años 1950, el filósofo inicia una colaboración constante como profesor visitante en diversos departamentos universitarios estadounidenses o como docente en sucursales españolas de entidades educativas del país americano, aceptando

también ayudas económicas en forma de becas pero nunca un puesto permanente que lo aleje de España, pese a las dificultades que atraviesa en su país. Fruto de su colaboración y admiración abierta e ininterrumpida hacia los EE.UU. serán algunos ensayos que, por añadidura, contribuirán a reforzar algunas de sus tesis sobre la “psicología” de las naciones (Castro 17-46; *Homenaje* 217-227). Pero como el mismo Marías relata en el segundo tomo de *Una vida presente*, el fruto amargo lo constituye el hecho de que sus detractores emplean, hasta fechas muy avanzadas, su americanismo como arma arrojadiza, insinuando o denunciando una relación que iría mucho más allá de lo estrictamente cultural (254-255)³.

Marías acepta el reto. En primer lugar, procede a una reflexión crítica sobre los paradigmas ideológicos y culturales adoptados por sus adversarios y sobre sus consecuencias en la producción cultural, pues como expone en *España en nuestras manos* “no basta con disponer de unos cuantos equipos de «travestidos» que pasen de la escolástica al marxismo, el estructuralismo o el análisis lingüístico –evitando cuidadosamente lo que es estrictamente filosofía–; ni es probable que en ese ambiente se engendre una nueva actitud filosófica, dispuesta a poner en cuestión la *realidad* misma” (261). En segundo lugar, Marías rebate la validez de la noción de “páramo cultural” para interpretar la vida cultural bajo el franquismo; en el segundo tomo de *Una vida presente* refiere: “me parecía que era menester despertar la atención de los españoles, recordarles lo que poseían, lo que se intentaba hacerlos olvidar; contribuir así a que hicieran frente a las variaciones que se aproximaban –lentamente, por supuesto– con claridad y decisión” (205-206).

Los ensayos en que Marías reflexiona sobre España durante la dictadura franquista reflejan la circunstancia política, ideológica y sociocultural del país, y recogen algunos de los grandes debates y polémicas que la agitan y en los que él mismo se implica. La conciencia de su función social como intelectual, heredada de aquéllos a quienes considera sus mayores –la tradición liberal al completo, de la Generación del 98 en adelante–, así como la necesidad material de obtener ingresos, llevan a Marías a escribir sin tregua; por evidentes razones de espacio nos limitamos aquí a esbozar un panorama cronológico de las recopilaciones de escritos seleccionados por el propio autor: *Los españoles*, *Meditaciones sobre la sociedad española*, *Consideración de Cataluña y Nuestra Andalucía*. Aunque *La España posible en tiempo de Carlos III* no es una recopilación propiamente dicha, la importancia que le otorga Marías nos obliga a incluirla en nuestro comentario.

2. El legado de los siglos: el melocotón, la continuidad cultural y el problema nacional

La primera tentativa de Marías por agrupar y exponer de forma consistente su pensamiento es la obra de 1962 *Los españoles*, en que recopila veinticuatro ensayos autónomos y dieciséis más repartidos en cuatro series de semblanzas –seis dedicados a Gaspar Melchor de Jovellanos, cinco a Leandro Fernández de Moratín, tres a Ramón Menéndez Pidal y dos a Gregorio Marañón–. La primera cuestión que aborda la recopilación es la definición del “carácter nacional” español; en el proceso, Marías genera una

de sus metáforas más difundidas –y criticadas–, definatoria de su particular lectura de la cuestión:

Yo diría que la estructura personal del español se parece a la de los melocotones. Es esta una fruta delicada, que se corrompe fácilmente; pero tiene un grueso y duro hueso central, a prueba de todo, inquebrantable e incorruptible. El español puede corromperse, desmoralizarse, envilecerse, pero sabe que tiene siempre, como un hueso, un núcleo sano e intacto. Sabe que un día, cuando llegue la hora, echará mano de este último núcleo y se portará como un hombre, se jugará la vida limpiamente. En algunos países, el hombre se corrompe hasta la raíz, y cuando lo ve así y lo encuentra irremediable, no lo puede soportar y se pega un tiro. En España no ocurre así, y a última hora cada uno se siente tranquilo y no desesperado, porque al llevarse la mano al pecho siente la dureza intacta de ese centro, como una moneda de oro que siempre se puede gastar. Esto es, en cierto sentido, admirable y me parece una de las grandes virtudes de esta vieja raza, que a pesar de sus esfuerzos nunca ha conseguido destruirse ni decaer enteramente. Pero, como todo lo humano, es ambiguo: da al español cierta tranquilidad para corromperse, porque sabe que nunca es del todo; como la esperanza en el perdón da cierta tranquilidad para pecar. El español se envilece hasta cierto punto, quizá innecesariamente, contando con que podrá volver atrás, que en su día todo tendrá remedio y podrá mirarse otra vez al espejo sin enrojecer. Es ésta, sin embargo, una especulación peligrosa, como lo es la de Don Juan, que aventura su salvación a cada instante, contando con un mañana siempre pospuesto: “¡Largo me lo fiáis!” (20-21)⁴.

Junto a cuanto pueda desprenderse de lo precedente, Mariás detecta un rasgo del “carácter nacional” español potencialmente más pernicioso: la falta de solidaridad con porciones enteras de su pasado histórico. Para el filósofo, ello sería causa y consecuencia de lecturas deformadas de la historia de España, deformadas por parcialidad, partidismo y/o descalificación arbitraria de varios de sus estratos o componentes. Algunas distorsiones parecen fortuitas y otras, en cambio, son deliberadas. En cualquier caso, su autoría no recae exclusivamente sobre los españoles, porque la ignorancia e incompreensión en relación con España es multiseccular y se cultiva tanto

dentro como fuera de ella. Al no contemplar en su integridad la historia, tales interpretaciones son incapaces de dar cuenta de la esencial continuidad nacional, de hacer inteligible su pasado y su presente, y de imaginar su porvenir. Esta perturbación en la percepción del tiempo pretérito hace que, por extensión, el español se revele indiferente a cuanto acontece en aquellas regiones del cuerpo nacional alejadas del marco espacial preciso en que desarrolla su vida particular⁵.

A fin de poder abordar la “totalidad histórica” de España y rectificar la percepción y actitud de sus compatriotas, pero también la de muchos extranjeros, Marías anuncia su voluntad de emprender el estudio de parcelas repudiadas y/o proscritas del pasado nacional. En *Los españoles*, pues, la tesis de partida es que la conciencia ilustrada del siglo XVIII, que aspiraba a la regeneración nacional a través de la sintonización entre tradición hispánica y modernidad europea, tiene una maduración de signo liberal a lo largo de la centuria siguiente, a cuyo término produce una eclosión cultural sin parangón desde el Siglo de Oro; abre esta nueva época la llamada Generación del 98, que prolongan sin solución de continuidad las generaciones siguientes de 1914 (Ortega y Gasset), de 1927 (Federico García Lorca) y de 1936, a la que Marías mismo pertenecería (146-147, 171)⁶.

A principios de los años 1960 todo parece indicar que esa “edad de plata” de efervescencia cultural ha concluido o sucumbido: la guerra civil de 1936 y su resultado; la extinción física de numerosos protagonistas de aquella cultura de preguerra; la ignorancia o descalificación, dentro y fuera de España, de la creación cultural bajo el franquismo –y pese a éste– y de la relevancia de la tradición liberal en dicha labor; la agudización de una

conciencia diferencial en regiones particulares, sobre todo la catalana... Frente al semblante desalentador del presente, Marías afirma la vigencia del legado de la tradición liberal, con el pensamiento de Ortega a la cabeza, así como la continuidad actual de su ciclo vital; a fin de cuentas, la propia actividad intelectual de Marías sería una prueba de todo ello, como lo sería la actividad de otros representantes de su generación, tanto en España como en el exilio, principalmente en las Américas (170-213).

Al modo de ver de Marías, aquella tradición liberal que él reivindica y prolonga también es responsable de lecturas sesgadas de la historia nacional: por la descalificación que hace de su propia época; por el exceso de introspección y desinterés por el “entorno natural”, europeo y occidental, de España; por su miopía frente a la capacidad de la lengua castellana para vertebrar tanto la realidad española como la más amplia del mundo hispánico, en que la primera se inserta... (214-217). Pero, señala el filósofo, dicha tradición realiza dos aportaciones cruciales que él mismo abraza: de un lado, la premisa de que hay un histórico “problema de España”, cuya naturaleza es intelectual –no política, social o económica–; y del otro, un bagaje filosófico-literario que, con el desarrollo adecuado, permitiría la interpretación rigurosa y definitiva de la historia de España en su totalidad, capaz de zanjar su “problema” y de marcar la senda de la regeneración nacional.

En suma, en 1962 *Los españoles* permite a Marías reunir un abanico de ensayos dispersos, con los que ofrece, por primera vez, un cuerpo de reflexión variado, pero compacto y coherente, para formular y difundir sus inquietudes y objetivos intelectuales en relación con la nación, así como los

términos en que los abordará su obra ensayística futura, prácticamente hasta el final de sus días: salvaguardar y continuar el legado cultural de la tradición liberal de preguerra, con especial énfasis en la obra filosófica de Ortega y Gasset; y proseguir la reflexión sobre España en función de los parámetros intelectuales establecidos por aquella tradición, realizando un personal despliegue de su aparato especulativo y abarcando la lectura de todo el “espacio-tiempo español”, a fin de superar definitivamente el “problema nacional”.

3. El pasado negado: la reivindicación del “siglo extranjero”

El siguiente gran ensayo de reflexión nacional se publica al cabo de un año, en 1963. A diferencia del anterior, compuesto por artículos diversos, *La España posible en tiempo de Carlos III* es una monografía en once capítulos sobre el siglo XVIII español, que retoma y amplía las contribuciones particulares sobre el tema contenidas en diversos escritos de la recopilación precedente. *La España posible* es el volumen con que se abre la edición de los trabajos del madrileño Seminario de Estudios de Humanidades en que colaboran Pedro Laín Entralgo, José Luis Aranguren, Enrique Lafuente Ferrari, Rafael Lapesa o Melchor Fernández Almagro, merced a “una generosa ayuda de la Ford Foundation”, como refiere Marías en el ensayo mismo (293) y también en el segundo tomo de *Una vida presente* (166-170).

Asentado en su tesis de la continuidad ininterrumpida de la historia nacional, el punto de partida de esta monografía es la idea recurrente de que resulta imposible entender el presente de España sin haber comprendido su historia íntegra, pues el desconocimiento de una de sus porciones

imposibilita la comprensión del conjunto e impide orientar el presente y el futuro. La función del Seminario y su obra, incluido el presente ensayo, consiste precisamente en responder a los interrogantes sobre la realidad histórica y social de España. El tema y su enfoque, a partir del aparato especulativo orteguiano –teoría de la razón histórica y método de las generaciones–, suponen toda una declaración de principios frente a la cultura oficial: son una reivindicación de la continuidad de la filosofía española, con Ortega al frente, denostada pero vigente, y también de una época poco conocida y no menos denostada por el franquismo, que rechaza el siglo XVIII por ser una centuria “extranjera”.

Para Marías, sin embargo, “la España de nuestro tiempo presenta caracteres que se constituyen, casi sin excepción, desde mediados del siglo XVIII hasta el final de la época romántica [hacia 1850]” (294) y es el momento en que la preocupación por España adquiere características específicas: deseo de concreción y realidad frente a la abstracción precedente; voluntad de reforma y reconstitución de la realidad nacional; planteamiento de la perspectiva de Europa y determinación de “la altura del tiempo” para saber cuál es el límite a alcanzar y sobrepasar. Lo que se plantea en tiempo de Carlos III es una tentativa de síntesis entre la tradición nacional y la modernidad europea; síntesis con prolongaciones exteriores, pues podía constituir la gran aportación de España a la gestación de una nueva Europa y a la integración de Occidente. Aunque fracasara en el siglo XVIII, el valor del proyecto europeísta permanece vigente (270, 299, 351).

Desde el punto de vista metodológico, *La España posible* es una de muestra del empleo de la erudición en que prima la función de divulgación

social del patrimonio cultural, dado que su núcleo lo conforma la presentación de un manuscrito inédito de 1773. Según confiesa Marías en su prólogo, la introducción al manuscrito –una apología dieciochesca de España frente a sus detractores europeos– se alarga tanto que acaba convirtiéndose en el presente ensayo (296): Marías aguarda hasta el décimo capítulo para abordar el manuscrito; los nueve capítulos que lo preceden los dedica a revisar autores y obras del siglo XVIII relacionadas con España, su cultura y su relación con Europa, especialmente con Francia, a recoger las críticas y analizar las repercusiones de la obra de Montesquieu y Morvilliers, a desglosar las obras españolas de réplica apologética.

Según Marías, el siglo XVII está marcado por la decadencia de España, que reacciona cerrándose en sí misma –en lo que Ortega definía como “tibetanización” del país–; pero en la centuria siguiente un puñado de intelectuales españoles invierte la tendencia y el país ibérico se abre al exterior, se “europeiza” pese a la resistencia ofrecida por los sectores reaccionarios.

Con el final del reinado de Carlos III, en 1788, se abre una fase de lo que Marías denomina “radicalización inducida”: los apologistas se alían con los reaccionarios más intransigentes y arremeten contra sus compatriotas ilustrados, tildándolos de extremistas, revolucionarias e impíos. Inferiores a las del Siglo de Oro, las mentes del Siglo de las Luces español sucumben ante sus adversarios, su proyecto reformista naufraga y su imagen distorsionada se perpetúa hasta el presente –no menos aquejado de “tibetanización” y reaccionarismo–. Visto en una perspectiva que libra a Marías del velo del sobreentendido, la sintonía entre el contenido del

manuscrito y sus propias inquietudes y esperanzas para el presente es total, como puede verse en el cierre del ensayo:

Para mí, este manuscrito es sencillamente ejemplar, porque nos revela lo que España podía realmente ser, lo que algunos no quisieron que fuera, lo que ciertas fuerzas muy determinadas sofocaron e hicieron abortar, sustituyéndolo encima en la memoria de los españoles posteriores por la imagen falsa de algo que nunca existió. No es casual, sino muy significativo, que este texto haya permanecido oculto y olvidado ciento noventa años. Quisiera pensar que sea también significativa su publicación al cabo de tanto tiempo (429).

4. El presente imperfecto: los retos de la sociedad española

En 1966 se publica *Meditaciones sobre la sociedad española*, compuesto de cinco artículos y tres series temáticas compuestas de escritos breves – “Meditaciones sobre la sociedad española” (4 artículos); “El motín de Esquilache” (2); “Panorama desde el Concilio” (3)–, atravesados por un eje temático común que queda definido por el título de la recopilación, la sociedad española.

La obra se abre con una serie de reflexiones sobre el presente en que emergen los valores liberales y democráticos propugnados por Marías, dentro de los márgenes que impone una censura algo menos rígida que apenas unos años antes. De salida, la fe del ensayista en la sociedad española es total, como lo es su rechazo del extremismo. La aproximación a la “España real”, la comprensión de la sociedad española está lastrada y dificultada por la politización de la “España oficial” franquista y por la de quienes se presentan como sus máximos opositores. Causa de esta circunstancia, que no es privativa de España, pues afecta al mundo hispánico y al conjunto de Occidente, es la ausencia de un espacio político

libre. En esta tesitura se hace imprescindible “volver a formular la pregunta: ¿Qué es España?” (241), porque la respuesta ofrecida por el mundo oficial y, en el otro extremo, por sus adversarios radicales comparte las mismas lacras, siendo la primera una percepción deformada y deformante de España y su historia, casticista en unos y de conciencia negativa de la diferencia española en los otros.

Dado que esta miopía interpretativa del pasado obtura las posibilidades presentes y futuras, Marias propone comparar la realidad española con la de otros países de su ámbito cultural, a fin de demostrar, una vez más, que España siempre ha estado integrada en el mundo, en Europa por voluntad diacrónica y en Occidente por contribuir a su conformación a través de la expansión al Nuevo Mundo:

España no es tan diferente, tan “especial” como interesadamente se dice; España tiene una enérgica personalidad, una originalidad que le viene precisamente de tener sus raíces sólidamente hincadas en el suelo histórico; sobre el torso que le es común con otros pueblos se levanta su modulación peculiar, que importa retener y salvar, sin caer en la teratología. Hay que desterrar de una vez para siempre la idea de que España es un país anómalo y para quien no valen las leyes de la física, la política o la moral; de que constituye siempre un caso especial, una “excepción” al amparo de la cual puede hacerse lo que convenga. No, España no es un fenómeno de feria, sino un país que ha dado no pocas pautas al mundo y ha contribuido enérgicamente a hacerlo; y esas pautas son también válidas para ella. España está en Europa, y ésta no está sola, sino en Occidente: es uno de sus dos lóbulos inseparables. Ahí es donde hay que plantear el problema; desde ahí hay que imaginar el futuro, incluso los matices diferenciales españoles (252).

El proyecto lógico que se desprende de esta lectura es que hay que aspirar a que España, en el momento presente por debajo de su nivel “real”, logre

su elevación hacia sí misma, hasta su propio nivel; su integración original en Europa y Occidente; su función inspiradora y coordinadora, de Plaza Mayor de Hispanoamérica. Cualquiera de las tres [empresas colectivas] podría encender en entusiasmo a un pueblo. Las tres juntas y articuladas podrían dar a España una nueva grandeza: la que es posible y digna en el siglo XX, y que no consiste en dilatarse a expensas de los demás, sino con ellos y para ellos (256).

Para el filósofo, determinar la realidad es el paso previo a la elaboración activa, comprometida de cualquier proyecto de futuro digno de ese nombre. Coherente con su sentido de la función social del intelectual, Marías realiza un llamamiento al compromiso social e histórico de sus compatriotas para que se conviertan en agentes activos de la realidad: “en España todo el mundo se pregunta: *¿Qué va a pasar?* Casi nadie hace esta otra pregunta: *¿Qué vamos a hacer?*” (242). En respuesta parcial a este interrogante, Marías prosigue su reivindicación de aquella porción del pasado repudiada por la historiografía oficial, el Setecientos ilustrado, del papel destacado que tuvo entonces la institución monárquica representada por Carlos III, y de su proyecto de síntesis entre tradición nacional y modernidad europea, actualizable en la modernidad occidental, cuyo máximo representante serían los Estados Unidos.

Por descontado, la realidad se impone y “es prudente evitar una engañosa impresión de inminencia” porque los cambios no son para mañana, sino para “pasado mañana” (251), pero cualquier proyecto de futuro nacional digno de ese nombre debe aspirar a recuperar cuanto se ha perdido, o sea la concordia y el consenso, “una inquebrantable decisión de *vivir juntos*, esto es, de convivir y discrepar” (253). El mayor obstáculo para ello es, insiste, la politización, que se sortea con una vida política libre,

articulada en un sistema de partidos que la mantienen en sus cauces y evitan su pernicioso desbordamiento a otras áreas de la vida social.

Los extremos políticos referidos comparten también su aversión a la tradición liberal, su legado y sus representantes, sobre todo contra Ortega, blanco predilecto de las descalificaciones sustentadas tanto por la escolástica oficial como por las nuevas corrientes filosóficas de raigambre europea que adoptan círculos intelectuales relacionados con la izquierda política comprometida. Mientras este fuego cruzado arrecia, Marías retoma la apología de “sus mayores” e insiste en la vigencia de las pautas culturales establecidas por ellos para interpretar España: “¿Cómo es España? Llevamos muchos siglos los españoles preguntándonoslo, intentando encontrar *una* respuesta. España es una, pero es múltiple; es histórica, y tiene espesor temporal; parece contradictoria, y sólo se resuelven sus antinomias buscando un punto desde el cual se vean juntos los dos términos de la discordia” (273).

En este sentido, España resulta ininteligible si no se la contempla en el contexto general hispánico en que se inserta, pues las comunidades hispánicas en ambos hemisferios conforman un todo histórico ineludible. En el presente, esta realidad se ve desvirtuada entre otras cosas por la “cuestión de nombres” –la denominación colectiva de las comunidades americanas de lengua española–, que ignora el hecho de que precisamente la lengua es el hecho insoslayable vertebrador de toda esa realidad americana (309). Así, concluye Marías, el nombre colectivo debiera ser “Hispanoamérica” y el ámbito de acción cultural de los hispanos debería constituirlo el mundo hispánico en su totalidad. Ciertamente, la falta de libertades que aqueja a

diversos países de lengua española, incluida España, impide esta eclosión natural, pero no debe hacer perder de vista la existencia de excepciones que pueden constituir, también, modelos: Puerto Rico no pierde su conexión “íntima” con España y además se enriquece con una nueva forma de entender su realidad, la soberanía libre y voluntariamente compartida con los Estados Unidos, que podría ser trasladable a Europa para que esta acceda adecuadamente a la posmodernidad.

La serie de artículos con que se cierra *Meditaciones sobre la sociedad española* son una reflexión sobre el otro plano, además del europeo, que marca los intereses internacionales de España desde principios de los años 1960, el Concilio Vaticano II. Marías, de confesión católica e intelectual reconocido, tiene acceso a algunas de las sesiones, de las que realiza una crónica no exenta de reflexiones de doble filo: por un lado, para enumerar los beneficios que reportan los procedimientos democráticos de toma de decisiones; por el otro, para volver a la carga argumentando su defensa del pensamiento de Ortega ante los ataques procedentes de determinados sectores católicos (325-335).

5. El futuro incierto: la cuestión catalana

En 1966 aparecen dos obras centradas en la reflexión sobre aspectos concretos de la realidad colectiva española, *Consideración de Cataluña* y *Nuestra Andalucía*. Si bien ambas aproximaciones parecen autónomas, las hace mutuamente complementarias su coincidencia cronológica e inquietud de fondo que las atraviesa: el posicionamiento de Marías frente a las percibe como lecturas deformadas de la historia nacional no puede ignorar la

cuestión de los particularismos, que no han dejado de fomentar interpretaciones del pasado divergentes de la concepción unitaria de España, sobre todo en Cataluña. De hecho, la reflexión de Marías sobre este último ámbito tiene sus precedentes en escritos como “Cataluña veinte años después” (1953) o “La realidad regional” (h.1965), pero en 1966 el filósofo reúne su serie de quince artículos ensayísticos publicados en el diario barcelonés *El Noticiero Universal* y conforma el libro *Consideración de Cataluña*, al que añade un epílogo inédito en que revela la finalidad de la recopilación: superar los límites de la opinión pública catalana y poner sus reflexiones al alcance de todo el público hispanohablante, no sólo el español⁷.

Consideración refleja el núcleo de la personal concepción de España que tiene Marías: su esencial pluralidad de formas de ser en el tiempo y el espacio, que debe reivindicarse y recuperarse en el presente, pero sin incurrir en el particularismo excluyente o autoexcluyente, que partiendo de una interpretación deformada de la historia cuestiona la unidad igualmente esencial de la nación española. Empero, esta realidad de diversidad interna de la totalidad nacional la violentan dos tentaciones de signo contrario entre las cuales se debate históricamente el país, “la inerte pasión por la homogeneidad, la incoherente fragmentación” (344).

Marías hace suya la propuesta de sus predecesores de la tradición liberal de preguerra, que consideraban que para sortear los escollos de la ignorancia y el localismo había que adentrarse en la “intrahistoria” del país viajando por él, tomando contacto directo con su realidad. Así, el filósofo inicia una indagación de primera mano por la “realidad de Cataluña”, que

para él implica conocer el paisaje histórico catalán, perfilado por el arte románico; abrirse a las letras catalanas, destacando la obra de Joan Maragall y recurriendo a la cita directa en lengua catalana; y contrastar la realidad estudiada con otra que permita poner de relieve los matices diferenciales, es decir, contraponer Cataluña con Castilla.

En el proceso, Marías aborda largamente el espinoso tema lingüístico de Cataluña y apunta directamente a la naturaleza dual de la cuestión: Cataluña tiene dos lenguas, una de ámbito estricto, la catalana, y otra de ámbito extenso, la española, pero esa particular riqueza idiomática basada en la dualidad se halla en entredicho desde dos sectores. Discrepando de la línea oficial del régimen político imperante y del nacionalismo español más rancio, Marías afirma que “no cabe duda de que la primera instalación en el habla del hombre de Cataluña es la lengua catalana [...] no cabe imaginar el futuro de Cataluña sin partir de esa condición” (354). Y discrepando del exclusivismo catalanista, Marías sostiene que la realidad pasada y presente demuestra asimismo que los catalanes disponen de una segunda lengua igualmente propia, la española, que históricamente trasciende el ámbito estrictamente castellano y que la opresión de que es objeto la lengua catalana articuladora de su cultura privativa no procede de Castilla, sino del Estado. De no respetarse esta realidad bilingüe, toda lectura histórica será inevitablemente parcial y sesgada; el plurilingüismo sólo enriquece a España, cuya lengua común trasciende fronteras, mientras que el monolingüismo forzado –cualquier monolingüismo– empobrece el conjunto, tergiversa la realidad y puede inducir a actitudes de retraimiento y aislacionismo.

La capitalidad barcelonesa lo lleva a retomar el discurso de su obra *La estructura social* (1955) sobre la región, entendida ésta como célula social de base a través de la cual el individuo se inserta en la instancia superior que es la nación –y a través de esta última se inserta en el mundo–. La región sería una realidad tan plural como la nación y la “realidad regional” española mostraría cómo diferentes unidades históricas tienen un peso diferente en el conjunto nacional que invalida su tratamiento simétrico u homogeneizador, tentación recurrente que se debe a la ignorancia de la génesis de España, entre los siglos XV y XVI, como “proceso irreversible” de “incorporaciones históricas” y no anexiones. Pero la homogeneización no es una tentación exclusivamente estatal y en su extremo opuesto, aunque igualmente ignorante de la realidad histórica, se halla la tentación de la fragmentación, el particularismo, fermento de una discordia que ha tenido funestos resultados históricos –la guerra civil–. Frente a todo ello, Marías opone su concepción de una pluralidad esencial en el seno de una unidad asimismo esencial:

El modo *concreto* de ser español es ser andaluz, castellano, catalán, gallego, aragonés, vasco... No es fácil ni probable ser “directamente” español; en algunos casos, imposible. Concretamente, en el caso de Cataluña. Cuando se pretende – porque hay gente para todo– que los catalanes no sean o sean menos catalanes para que sean verdaderamente españoles, se comete el más grave error: sólo siendo “muy” catalanes –lo cual no quiere decir catalanistas, porque el “ismo” suele encubrir una debilidad o una inseguridad– pueden ser plena y holgadamente españoles (...) Nada hay más antiespañol que el intento de disminuir la personalidad de Cataluña. (*Consideración* 384-385)

En el caso concreto de Cataluña, el particularismo que la acecha responde, en última instancia, a un rasgo de carácter que Marías tilda de “muy español” y que contribuye a la dilucidación del “problema de España”:

Y éste es el riesgo permanente de Cataluña, su tentación mayor: la retracción. Pero ¿hay algo más español? ¿No ha sido España el país que desde mediados del siglo XVI empieza a sentirse segregado y ajeno, incomprendido, acaso desdeñado u odiado, distinto y aparte? ¿No se va rodeando desde mediados del siglo XVII, desde el reinado de Felipe IV –no se olvide– de una “muralla de la China”, aquejado de un proceso de “tibetanización”? ¿No es la “preocupación de España” un rasgo *constante* –esto es lo grave– de nuestra vida? ¿No se hace la historia de nuestras letras una larga quejumbre? ¿No se emboza España en su capa, absorta en sí misma, sin querer mirar más allá? (386).

La historia demuestra que la génesis de la nación es muy anterior en el tiempo a la del catalanismo, que se produce con la eclosión decimonónica del romanticismo. Sin embargo, la formación de España, al final del Medievo, ha recibido una lectura sesgada: “La historia de España desde el siglo XV se ha solido escribir como una «continuación» de la [de] Castilla, a la cual se incorpora en cierto momento la Corona de Aragón, como un río afluente. Y cuesta trabajo integrar de verdad la perspectiva catalano-aragonesa en la génesis de España: una tarea apremiante, no sólo histórica, sino política” (390). Por extensión, al igual que España nunca ha estado sola, sino insertada en una realidad superior compuesta por naciones, Europa, tampoco lo ha estado Cataluña, a su vez insertada en una realidad superior compuesta por regiones, la nación española, y sólo a través de ésta puede Cataluña integrarse en Europa, nunca de forma directa.

Marías rechaza de esta manera como interpretaciones históricas deformadas la consideración nacional de Cataluña y la lectura de España

como “nación de naciones”, ambas reveladoras de “una inquietante propensión a sustituir la historia de los hechos por una historia de los deseos –o de los temores” (390). No menos desvirtuadas son las dos imágenes contradictorias que desde España se tiene de Cataluña: “la primera es la de una Cataluña distinta –en alguna medida opuesta– a «Castilla», entendiendo por Castilla todo el resto de España [...] la segunda imagen es aquélla en la cual ciertos rasgos privativos de Cataluña se proyectan automáticamente sobre todas las regiones españolas y sobre Portugal, por si fuera poco. Es lo que pudiéramos llamar la «mentalidad federalista»” (394-395).

El “problema de Cataluña” sería, pues, como el de España –intelectual y no político o socioeconómico–, y además está desenfocado: Cataluña se cree enajenada, incomprendida, cuando “no cabe mayor error que pensar que España siente a Cataluña como algo menos propio, ajeno, marginal, secundario, prescindible. La siente como *irrenunciable*. Cuando el español dice «nosotros», incluye radicalmente a Cataluña” y los catalanes “piensan que les duele Cataluña, cuando lo que les duele de verdad es –por lo menos– España”, que es el verdadero “problema” (397, 400).

En consecuencia, el proyecto consiste en “iniciar la animosa conquista de España por los españoles, la toma de posesión de su realidad física y social, de su pasado entero, de su futuro, que sólo entonces será *porvenir*” (408). Como anunciara en *Meditaciones sobre la sociedad española*, es preciso recuperar una vida política libre que, entre otras cosas, zanje el “problema de España”: unificar sin centralizar, homogeneizar o fragmentar, en una suerte de preludeo de un Estado de las Autonomías.

De principio a fin, el presente ensayo de Marías insiste en su rechazo del nacionalismo, de cualquier nacionalismo, incluido el españolista: “Siempre me ha molestado el nacionalismo en todas sus formas. Tengo un modesto patriotismo castellano, otro, mucho más intenso, español, abarcador de todo lo que nuestra nación encierra; muchas veces he hablado, y algunas he escrito, de un «patriotismo europeo» que siento con particular viveza; me siento, por último, radicalmente occidental” (421).⁸ Pero nacionalismo que realmente preocupa a Marías es el catalán, y tal vez nada lo ponga más en evidencia que la recopilación de ensayos titulada *Nuestra Andalucía*, también de 1966. La obra sigue el mismo patrón de reflexión sobre formas de realidad colectiva españolas abierto con *Consideración de Cataluña*; si bien tiene un carácter principalmente literario, en la línea narrativa del diario de viaje, el conjunto arroja una inequívoca una imagen del Mediodía peninsular como contrapeso y contraejemplo de Cataluña.⁹

Si el título de la recopilación dedicada a esta última revela cautela – una “consideración” nada menos–, el de la obra dedicada a Andalucía refleja todo lo contrario, y de los nueve capítulos que la componen sólo el cuarto, “El regionalismo andaluz”, desliza explícitamente la reflexión sobre la nación, retomando los argumentos ya estudiados para el rechazo de los particularismos. En *Nuestra Andalucía*, al regionalismo, negativamente considerado, Marías opone la “condición regional”, que constituye “la única manera real y concreta de pertenecer a una nación europea” (446) y que se ha desarrollado particularmente bien en Andalucía, modelo de región abierta, expansiva, extravertida y generosa de sí misma hasta el punto de generar una “interpretación andaluza de España entera. La andalucidad [sic]

se ha derramado por toda España –y lo que es más grave, lo que tendremos que considerar en detalle, por toda la América española– hasta el punto de que todo español, de cualquier parte, considera «suyo» lo andaluz y se siente personalmente implicado en ello” (448). Queda así justificado el título de la recopilación y emerge implícitamente la crítica de Cataluña, particularista, retraída e introvertida, reverso exacto de cuanto Marías afirma para Andalucía.

6. Intermedio

Entre mediados de los años 1960 y principios de la década siguiente, el centro de gravedad de los escritos de Marías se desplaza hacia la producción de obras de carácter filosófico y de obras relacionadas con sus viajes y estancias en el extranjero, entre otras cosas porque su labor como conferenciante y profesor se torna más absorbente, como refiere extensamente en el segundo tomo de *Una vida presente* (233-440). La reflexión sobre la nación deja temporalmente paso, pues, a otros ámbitos de interés y dedicaciones, pero no por ello abandona su propio proceso de maduración. Desde mediados de 1974, el impacto causado por el debate que lanza la prestigiosa revista *Cuadernos para el Diálogo* sobre la cultura española –“¿Existe una cultura española?”– y la consiguiente revitalización de las teorías sobre el “páramo cultural” de España bajo el franquismo lo hacen ponerse en guardia y retomar su defensa de la continuidad cultural.

Las nuevas circunstancias del país van permitir que la polémica entre Marías y la intelectualidad de izquierdas alcance cotas de agresividad inauditas. Sin embargo, y pese al drama personal que supone para Marías la

pérdida de su esposa, son precisamente esas nuevas circunstancias históricas que atraviesa España las que centran su interés e inquietud y agitan, una vez más, la conciencia de su función social como intelectual, tal como la prefigurara la tradición liberal, impulsándolo a una frenética actividad en dos ámbitos: en el institucional, aceptando su nombramiento como senador de designación real, con lo que participa activamente en el proceso político-institucional de transición a la democracia, implicándose en la vida pública como no habían logrado hacerlo sus mentores de preguerra; y en el intelectual, reflexionando, en las coordenadas establecidas en la década precedente, sobre el presente y el posible devenir nacionales a través de abundantes artículos de urgencia destinados a informar, orientar y hacer reflexionar a la opinión pública, haciéndola tomar conciencia de los retos y riesgos que se le presentan y ante los cuales deberá tomar posición. Pero la de dichos escritos y su recopilación por Marías es ya otra historia.

Notas

¹ Para la trayectoria vital e intelectual de Julián Marías véase su autobiografía en tres tomos *Una vida presente*; Castro 17-46; Raley, *La visión* 12-16, 35, 52 y *Julián Marías* 47-51.

² En el segundo tomo de *Una vida presente*, Marías rechaza estas acusaciones alegando que Ortega le otorgaba frecuentemente una “paternidad compartida” de su sistema de ideas (102). Raley corrobora esta idea, véase *La visión* 12-16, 36-37, y *Julián Marías* 47-51. Para una muestra de la crítica ejercida sobre Marías, véase lo que afirma Francisco Fernández Santos en “Julián Marías y el «liberalismo» o cómo se hace un diccionario de literatura”.

³ Para más detalle, véase César Alonso de los Ríos, “Todo un sospechoso hasta el fin”.

⁴ En el mismo sentido 21-24, 224-225. El precedente de esta línea de reflexión de se encuentra en su ensayo “Una psicología del español” (53-61), comentario al ensayo *Los españoles en la Historia* con que Ramón Menéndez Pidal introduce la *Historia de España* que dirige. Para una crítica de esta línea de pensamiento de Marías y de la metáfora en cuestión, véase Varela 19-20.

⁵ Para un precedente de estas reflexiones véase Marías, “España está en Europa” (570-580) y “Cataluña veinte años después” (222-225).

⁶ En el mismo sentido véase Raley, *Julián Marías* 118. Para una opinión divergente sobre la adscripción de Marías a la Generación de 1936, véase Mermall 19.

⁷ La segunda edición del libro (1974) ofrece también un prólogo, elocuentemente titulado “Otra vez Cataluña”, que resume los términos del sereno debate mantenido con el intelectual y ensayista catalán Maurici Serrahima. La réplica de este último había aparecido en 1967 con el título *Realidad de Cataluña: respuesta a Julián Marías*, traducido al catalán dos años más tarde. El debate entre ambos intelectuales mantiene un nivel alejado de la polémica que caracteriza el enfrentamiento de Marías con la intelectualidad de izquierda, y que este último atribuye en el segundo tomo de *Una vida presente* a una coincidencia de fondo entre él y Serrahima (230-231).

⁸ Décadas más tarde, Marías vuelve sobre la noción de nacionalismo español para negar tajantemente su existencia en *Entre dos siglos*: “se habla ahora de «nacionalismo español», algo inexistente. El nacionalismo es exclusivista, negativo, hostil, reductor; la visión que los españoles han tenido de su país ha sido usualmente lo contrario” (269).

⁹ En el segundo tomo de *Una vida presente*, Marías ofrece su propia valoración de ambas obras; aun la extensión de los comentarios que dedica a *Nuestra Andalucía* (223-225) y *Consideración de Cataluña* (226-231) refleja el diverso grado de preocupación que le generaban una y otra realidades a finales de los años 1980. Resulta también llamativa la ausencia de reflexiones ensayísticas equivalentes referidas a otros ámbitos, sobre todo al País Vasco.

Bibliografía

- Abellán, José Luis. *La industria cultural en España*. Madrid: Cuadernos para el Diálogo, 1975. Print.
- Alonso de los Ríos, César. "Todo un sospechoso hasta el fin." *ABC* [Madrid] 16 de diciembre de 2005. En línea. 2 de diciembre de 2013.
- Castro Carrasco, M^a Rosario. *La visión de España de Julián Marías*. Nueva York: Peter Lang Publishing, 1991. Print.
- Fernández Santos, Francisco. "Julián Marías y el «liberalismo» o cómo se hace un diccionario de literatura." *Cuadernos de Ruedo Ibérico* 1 [París] junio-julio 1965: 63-69. Proyecto Filosofía en Español. 2001. En línea. 02 de diciembre de 2013.
- Gracia, Jordi (ed.) *El ensayo español, 5: Los contemporáneos*. Barcelona: Ed. Crítica, 1996.
- Homenaje a Julián Marías*. Madrid: Espasa-Calpe, 1984. Print.
- Marías Aguilera, Julián. *Obras de Julián Marías*. Vol. III. Madrid: Revista de Occidente, 1964. Print.
- . *Obras de Julián Marías*. Vol. IV. Madrid: Revista de Occidente, 1969. Print.
- . *Obras de Julián Marías*. Vol. VII. Madrid: Revista de Occidente, 1966. Print.
- . *Obras de Julián Marías*. Vol. VIII. Madrid: Revista de Occidente, 1970. Print.
- . "Una psicología del español." 1947. Marías 1964: 53-61.
- . "España está en Europa." 1951. Marías 1969: 570-580.
- . "Cataluña veinte años después." 1953. Marías 1964: 222-225.

- . *Los españoles*. 1962. Marías 1966: 13-290.
- . *La España posible en tiempo de Carlos III*. 1963. Marías 1966: 293-429.
- . *Meditaciones sobre la sociedad española*. 1966. Marías 1970: 237-335.
- . *Consideración de Cataluña*. 1966. Marías 1970: 339-422.
- . *Nuestra Andalucía*. 1966. Marías 1970: 425-481.
- . *España en nuestras manos (tercera parte de "La España real")*. Madrid: Espasa Calpe, 1978. Print.
- . *Una vida presente: Memorias 1 (1914-1951)*. Madrid: Alianza Editorial, 1988. Print.
- . *Una vida presente: Memorias 2 (1951-1975)*. Madrid: Alianza Editorial, 1989. Print.
- . *Entre dos siglos*. Madrid: Alianza Ed., 2002. Print.
- Mermall, Thomas. *La retórica del humanismo: la cultura española después de Ortega*. Madrid: Ed. Taurus, 1978. Print.
- Raley, Harold. *La visión responsable: la filosofía de Julián Marías*. Madrid: Espasa Calpe, 1977. Print.
- . *Julián Marías: una filosofía desde dentro*. Madrid: Alianza Ed., 1997. Print.
- Varela, Javier. *La novela de España: los intelectuales y el problema español*. Madrid: Taurus Eds. - Grupo Santillana, 1999. Print.